

P.M. Mats-Newhouse



**El
misterio
de los niños
desaparecidos**

**3^a
edición**

BOOK TITLE

BOOK TITLE

El misterio de los niños desaparecidos



P.M. Mats-Newhouse

Copyright © 2013 P.M. Mats-Newhouse
© Ilustraciones y cubierta: José Luis Gutiérrez Jiménez
Correcciones: JMEM
Todos los derechos reservados.
ISBN: 9798573858302
Prueba de lectura gratuita. Prohibida su venta.

*A mis hijos, Cristina y Diego,
que aun ignorando quién había escrito esta historia,
la escucharon entusiasmados y emocionados,
animándome, sin saberlo, a llevarla a cabo.*

Prólogo

Hace algunas semanas, buscando entre mis viejas carpetas unos papeles que necesitaba para ultimar ciertas gestiones, fui a dar con una pequeña caja de cartón que no recordaba haber visto anteriormente. Estaba descolorida y arrugada, llena de manchas de humedad, pero exhaustiva y cuidadosamente cerrada con unos cordones.

La miré por todos los lados, esperando encontrar una inscripción que me diese alguna pista sobre su contenido, pero no había ni una letra. La agité y me pareció que quizás podría tratarse de papeles.

“¿Qué será esto? ¿Tal vez alguna reliquia de mi época de colegial?”, me pregunté.

Y como el autor de estas líneas ya ha llegado a una edad en la que los recuerdos se han convertido en uno de los pocos placeres de la vida, decidí dejarla aparte para echarle un vistazo y satisfacer mi curiosidad cuando terminara con mis obligaciones.

Por fin, ya de noche, me senté trabajosamente en mi vieja butaca, permitiendo que mis cansados ojos se acostumbrasen a la luz de la vieja lámpara que reposaba sobre la también vieja mesita; me arrojé las rodillas con una manta, y me dispuse a desenterrar

aquel secreto tan cuidadosamente guardado bajo las capas del polvo y los años.

No tenía ni idea de lo que encontraría, y casi estaba emocionado ante el misterio.

—Un misterio... —susurré para mis adentros, riendo por lo bajo—. A estas alturas de la vida un misterio, doctor Watson... ¿Quién te lo iba a decir?

Me aclaré la garganta y deshice con paciencia los nudos del cordel.

Aunque mi pulso se mantenía firme a pesar de la edad, noté cómo me temblaban ligeramente los dedos al desempaquetar aquel tesoro que, por el simple hecho de haber superado la barrera del tiempo, parecía digno del Museo Británico.

Por fin, conseguí retirar todo el cordelillo y procedí a levantar la tapa de la caja. Al hacerlo, un intenso olor a humedad salió de su interior y, por un momento, temí que el contenido se hubiese estropeado demasiado; sin embargo, cuando pude verlo, comprobé con alivio que todavía estaba en unas condiciones aceptables. Incluso podía leerse algo sobre la cubierta de lo que parecía un cuaderno.

Tuve que colocar la lamparita en el extremo de la mesa, justo al lado de la butaca, y ponerme los anteojos para poder distinguir las letras. Sin duda, se trataba de mi caligrafía de niño.

—Vaya... —me dije, divertido—. Parece que hemos dado con una colección de diarios o algo así. Veamos. —A continuación, cogí el primero de los cuadernos, me lo acerqué un poco más a los ojos y leí en voz alta y majestuosa—: “Weirdo y John en: El misterio de los niños desaparecidos. Por John H. Watson.”

Inmediatamente un escalofrío me recorrió la espalda, sentí que se me erizaba el vello de la nuca y que mi pulso se aceleraba.

¿Qué era aquello?

Me detuve un instante y miré a la pared de enfrente, sin ver

nada en concreto, con los ojos encogidos, queriendo atisbar a través del tiempo, a través de mi memoria.

Weirdo... Aquel nombre me resultaba familiar, pero no conseguía saber por qué; como cuando intentas recordar una melodía y no lo consigues.

Sabía que significaba algo, que había significado algo importante. Pero ¿qué?

—Doctor Watson —me dije en voz alta, riéndome de mí mismo—: tienes la respuesta delante de tus narices. Haz el favor de empezar a leer.

Y así lo hice. Solo que no me limité a empezar porque, una vez hube leído los primeros párrafos, la historia me cautivó sin remedio y me vi sumido en una espiral de emociones tan intensas, tan increíblemente arrebatadoras, que no pude parar.

Apenas consciente de la realidad presente, pasaba las páginas una tras otra, devorando sus líneas con un entusiasmo febril.

Las emociones eran tan intensas, que en más de una ocasión me sorprendí a mí mismo conteniendo la respiración ante los peligros narrados en los relatos, o bien sonriendo ampliamente al leer las ocurrencias de Weirdo, e incluso enjugándome alguna que otra lágrima de añoranza.

A medida que los recuerdos se agolpaban en mi memoria, cada vez me parecía más increíble que hubiera olvidado semejantes aventuras y, sobre todo, a aquel joven tan peculiar que habría de acompañarme en las que fueron algunas de las mejores temporadas de mi niñez.

Hasta que llegué al final del último de los manuscritos, donde...

—Dios mío, es cierto. Se tuvo que ir y jamás volví a saber de él. No lo recordaba...

En ese instante comprendí el motivo por el que había olvidado aquella etapa de mi vida.

Recordé el dolor de perder a mi mejor amigo.

Recordé que, movido por la rabia de la pérdida, escondí los cuadernos en aquella caja.

Y rememoré también el vacío que me dejó, un vacío que no volvería a llenar ninguna otra amistad hasta que, muchos años después, siendo ya adulto, conocí a...

—¡Sherlock Holmes! —exclamé de repente, dejando caer el cuaderno al suelo—. ¿Será posible que...?

La idea me tuvo ensimismado un buen rato.

¿Podría ser que los dos mayores amigos que he llegado a tener en mi vida hubieran sido, en realidad, la misma persona? Su aspecto físico, su mirada, su peculiar comportamiento, su inteligencia... ¡Todo coincidía, excepto el nombre!

No sé cuánto rato estuve allí, sentado en mi butaca, pensándolo, repasando los escritos en busca de detalles que confirmasen mi teoría hasta que, de pronto, me di cuenta de que estaba empezando a amanecer y que, sin embargo, no tenía sueño.

Todo aquello me había trastornado como ninguna otra cosa lo había hecho desde que corriera mis últimas aventuras junto al famoso detective. ¡Y qué maravillosamente bien me estaba sentando aquel trastorno!

—Esto no puede caer en el olvido —murmuré, dirigiéndome a mi escritorio con más agilidad y ánimos de los que había sentido desde hacía años—. John Hamish Watson, ahora mismo vas a reescribir estas historias para que quede constancia de ellas, antes de que la humedad y las polillas las destruyan por completo.

Así que, aquí os las presento, copiadas casi literalmente de los cuadernos de mi niñez, salvo algunas correcciones de los errores que un niño puede cometer al escribir, y con la esperanza de que todos vosotros disfrutéis tanto leyéndolas, como yo al escribirlas.

El espía del parque

Corrí como un loco por las abarrotadas calles de Londres, sin detenerme ante nada y con la vista clavada en mi objetivo, que avanzaba delante de mí veloz como una flecha.

Por supuesto, lo hice porque deseaba con todas mis fuerzas alcanzarle. Pero también porque necesitaba simplemente correr, huir, aunque solo fuera por unos instantes, de la tediosa rutina que me habían impuesto y que estaba acabando conmigo.

En medio de la carrera, salté por encima de un baúl que alguien arrastraba y, de milagro, no pisé a un perro canijo y absurdamente emperifollado que había justo detrás, y que me ladró con furia al esquivarlo.

Al levantar la vista, casi me di de bruces con una viga que transportaban dos obreros. Pasé por debajo a toda velocidad y, sin querer, tropecé con el bastón de un hombre que salía de un portal y que me gritó varios insultos.

Corrí unos metros más, empezando a notar el sudor en la espalda, y pensé en la cara que pondría la señorita Mary, mi aya, cuando me viera, sucio y sudado, al llegar a casa.

Aunque seguramente, me dije, ese no sería el mayor de mis

problemas del día, más que nada porque me había marchado de su lado sin pedirle un permiso que jamás me habría concedido, aprovechando que se había quedado dormida mientras ambos leíamos sendos libros, como absolutamente todas las tardes desde mi llegada a Londres.

Sin embargo, no tuve tiempo de pensar mucho en ello. De repente, tropecé con una señora que me atizó sin piedad con su paraguas por haberla asustado, mientras una vendedora de flores ambulante se reía a carcajadas al ver la escena.

En ese instante, y contra todo pronóstico, me vi obligado a cruzar la calle y (¡Dios mío!) tuve que rodar por el suelo para evitar que un carruaje me atropellara.

¡Y todo por perseguir al espía del parque!

El escurridizo muchacho, cuyo abrigo y bufanda harapientos ondeaban tras de sí, corría como un demonio y esquivaba a la muchedumbre con una facilidad asombrosa, escabulléndose como una lagartija y casi perdiéndose de mi vista entre el gentío.

Pero, al fin y al cabo, yo me había criado en el campo y estaba de sobras acostumbrado a correr por los bosques y sortear toda clase de obstáculos, así que no pensaba dejar que un chico de mi edad, o quizás más pequeño, se me escapara.

En esos pensamientos me hallaba cuando, de pronto, se metió por un callejón en el que, literalmente, desapareció.

Estuve un buen rato buscándole; miré detrás de un montón de cajones de madera, y a través de los sucios cristales de las ventanas de un taller abandonado... No le encontré por ninguna parte.

Enfadado conmigo mismo por haberle perdido, di una patada a los cajones, con tan mala fortuna que me vio un guardia que pasaba por delante del callejón.

—¡Eh, tú, rufián! —me gritó de mal talante, acercándose—. ¿Con qué derecho pateas esas cajas? ¡Te voy a enseñar modales!

— Lo siento, agente, yo no...

Y cuando el policía se disponía a agarrarme y yo a intentar explicarle lo sucedido, un gato negro y escuálido cayó de repente sobre él, clavándole las uñas con fuerza en el cuello y los hombros.

Miré hacia arriba, sorprendido, pero no vi a nadie. Sin entretenerme, aproveché la oportunidad para salir corriendo con todas mis fuerzas antes de que el guardia reaccionase, y regresar al banco del parque en el que había abandonado a la señorita Mary.

Por el camino, a cada minuto me sentía más confuso por los sentimientos contradictorios que me invadían.

Por una parte, visualizaba en mi mente el rostro avinagrado del aya cuando me viera llegar sucio, despeinado y tras haberme largado sin explicación alguna. Y me imaginé también los efectos inmediatos e inevitables: el disgusto, la decepción, el severo sermón y el castigo por parte de mi padre.

¿En qué momento se me había ocurrido perseguir al espía? ¡Había sido una imprudencia y una locura!

Estaba arrepentido por mi conducta impulsiva e irracional, y casi temeroso ante las consecuencias que me acarrearía.

Sin embargo, al mismo tiempo, me sentía inmensamente satisfecho y feliz.

¡Por fin, después de un mes de cautiverio, había tomado una decisión por mí mismo! ¡Había corrido! ¡Y había hecho algo emocionante e imprevisto!

Cuando vivía en el campo, pasaba parte del día jugando y corriendo libremente en los bosques junto a mis amigos. Claro, que también por aquel entonces mi madre todavía vivía y mi padre estaba de mejor hum...

¡Oh, no!

Acababa de llegar al banco en el que había dejado traspuesta a la señorita Mary, y solo quedaban los libros. ¡Ni rastro de ella!

EL MISTERIO DE LOS NIÑOS DESAPARECIDOS

¿Nada que perder?

Por un instante, llegué a pensar que tal vez hubiera sido mejor que el policía me hubiera atrapado.

Al comprobar que la señorita Mary ya no estaba en el banco y que se había dejado allí los dos libros, me la imaginé, sofocada, gritando angustiadísima, e intentando correr a toda prisa, hecha un mar de lágrimas por haberme perdido.

No quería ni pensar en el drama que se podía desencadenar si...

“¡Dios mío!”, pensé, “¡Tengo que llegar a casa antes que ella o no sé lo que puede suceder!”.

Cogí los libros y salí corriendo de nuevo como alma que lleva el diablo, escrutando todas las calles que atravesaba por si la veía, pero no fue así.

Finalmente, llegué a casa sudado, sucio, despeinado, con la ropa descolocada, sin gorra y, sorprendentemente, contento.

Ni yo mismo entendía por qué, pero ya no estaba en absoluto preocupado ni asustado por el castigo que con toda seguridad me iba a caer. Lo único que en aquel momento me importaba era que me había sentido libre durante unos minutos. ¡Libre!

Desde luego, a pesar de mi euforia, todo había sido un desastre, según me explicaron más tarde.

La señorita Mary había llegado a casa con un terrible sofoco, y se había desmayado al enterarse de que yo no estaba allí. El mozo de los recados había corrido al hospital para avisar a mi padre de mi desaparición, y él, a su vez, había alertado a la policía después de abandonar el quirófano, en medio de una intervención, para ir a buscarme.

Cuando llegué a casa, mi padre todavía no había regresado y la señorita Mary, recuperada parcialmente de su desmayo, ordenó a la doncella que me preparase de inmediato un baño para que, al menos, cuando él llegara no me viese en aquel estado lamentable. Mientras tanto, Peter, el mayordomo, salió corriendo a buscarle y a dar parte a la policía de que yo ya había aparecido.

Durante el baño, me asaltó de nuevo la preocupación por las consecuencias que podría tener mi comportamiento. Aunque, pensándolo bien, a estas alturas tampoco tenía nada que perder.

Ya había perdido la libertad. Y a mi madre. ¿Qué más podía pasar?

Terminé de bañarme y subí a mi dormitorio. Abrí la puerta, entré y cerré de nuevo, pero no fui a sentarme ni a meterme en la cama. Me quedé allí plantado, contemplando los lujosos muebles, las paredes empapeladas a la moda, las mullidas alfombras que cubrían el suelo, la chimenea y las modernas luces de gas que Peter había encendido mientras yo me bañaba...

Tenía todas las comodidades que se podrían desear, al igual que el resto de la casa. Pero no era mi habitación. No era mi casa.

Recordé mi antigua habitación, la verdadera, la de la casa del campo, tan sencilla y acogedora a la vez, donde solíamos pasar mi madre y yo las tardes de invierno, jugando a los soldaditos de plomo, a las cartas o al ajedrez, mientras mi padre pasaba la mayor parte del día visitando a los enfermos en el consultorio o en sus

domicilios.

Una lágrima se me escapó. La sequé con el puño del pijama y sorbí los mocos. No quería llorar. Me había comprometido conmigo mismo y ante Jane a seguir adelante y apoyar a mi padre.

Jane era mi anterior aya. Se había encargado de cuidarme y de la casa desde que mi madre falleció hasta que nos tuvimos que mudar a Londres.

Cuando a mi padre le ofrecieron una plaza de médico en el Hospital de St. Bartholomew, y me anunció que nos iríamos a vivir a la ciudad, me sentí desesperado y, en el momento de marchar, Jane me dio los ánimos que necesitaba.

—Escúchame atentamente, John —me dijo en la penumbra de la habitación, con todos los muebles cubiertos por sábanas, como si fuesen los fantasmas de mi pasado—. ¿Recuerdas cuando sacaste tú solo al hijo pequeño de los Smith de aquel pozo? Fuiste tú el que logró encontrarle. Cuando ya todos lo daban por perdido después de dos días de búsqueda, tú continuaste y, después, cuando nadie se atrevía a bajar allí por miedo a los desprendimientos, tú lo hiciste. No lo dudaste ni un solo instante. Ese niño te debe la vida, John, y su familia, la felicidad de que volviese con ellos

Yo asentí, todavía lloroso y cabizbajo. Ella me levantó la cabeza y me miró fijamente a los ojos antes de continuar.

—Y ¿sabes por qué? —Negué con la cabeza y me encogí de hombros—. Porque eres un chico muy especial: inteligente, sensible, generoso, valiente, fuerte... Tu madre, con todas las horas que pasó contigo, te enseñó a ser así, a no rendirte y a ayudar a los demás. Ella no habría querido que ahora estuvieses de esta manera; ella habría querido que apoyaras a tu padre. Él es bueno, y te quiere, aunque necesita tiempo para aprender a acercarse a ti. ¿Lo comprendes? ¿Le vas a apoyar?

Volví a asentir, algo más tranquilo. Ella sonrió.

—Y ya verás —prosiguió—: la gran ciudad acabará gustándote también. Piensa que allí hay gente de todo tipo, personas muy interesantes que también te harán crecer, y de las que podrás aprender. Ve a Londres, John; haz nuevos amigos con quienes pasarlo bien. Es lo que habría querido tu madre.

El ruido de un carruaje deteniéndose delante de la puerta de la casa me sacó de mi ensimismamiento y me devolvió al presente.

—Padre —murmuré, con un nudo en la garganta.

Corrí hasta la ventana y miré a la calle.

En efecto, era él. Le vi bajar del carruaje, sin sombrero ni pañuelo en el cuello, lo cual indicaba que se había vestido a toda prisa y, aunque no conseguí verle la cara desde allí, por su manera de andar me di cuenta de que estaba exhausto. Me acerqué a la puerta de la habitación y escuché sus susurros y los del mayordomo, sin entender lo que decían.

Al cabo de pocos segundos, Peter me avisó de que debía presentarme de inmediato en el despacho de mi padre.

Tenía claro que él iba a ser muy severo conmigo, pero también que quería explicarle lo que había sucedido e intentar que me comprendiera.

Caminé por el pasillo, en pijama y con el cabello todavía húmedo, y bajé despacio las escaleras que conducían a la planta baja.

La puerta del despacho estaba entornada y, por la rendija que quedaba, vi a mi padre de espaldas poniéndose el batín. Lucy, la doncella, salió llevando consigo, para recogerlos, el abrigo y la bata blanca, que todavía lucía en el bolsillo el nombre “Dr. H. Watson” bordado por mi madre.

La joven me miró con cara de circunstancia. “Mala señal”, pensé, y seguí aproximándome despacio al estudio, preguntándome a mí mismo cómo enfocar el tema para que mi padre me comprendiera.

Llamé a la puerta.

—Adelante —dijo con calma, aunque secamente.

Entré y cerré. Me gustaba el olor de aquella habitación, a libros y medicamentos. Sin embargo, en ese momento solo me pude fijar en su rostro descompuesto; estaba pálido, tenía unas marcadas ojeras y los ojos ligeramente enrojecidos. Su mirada, que poco después de llegar a Londres había recuperado parte de la vitalidad perdida al fallecer mi madre, era la de un hombre agotado y preocupado.

—Siéntate, John —dijo, mirándome desde la butaca de detrás de su escritorio, a la vez que me señalaba una de las sillas que había delante, donde solían sentarse los pacientes que atendía en casa.

Yo obedecí. Él entrelazó los dedos sobre el escritorio, se inclinó hacia adelante, y empezó a hablar con voz suave, aunque severa, mirándose las manos.

—Cuando murió tu madre, que en paz descanse, sentí una pena infinita y dejó en mi interior un vacío enorme. Pero no solo eso; también me dejó una gran preocupación —Levantó la mirada y clavó sus ojos castaños en los míos—: tú, John —Hizo una pausa y tomó aire—. Siempre he pensado que eres un buen chico, a pesar de tu conducta impulsiva. Sin embargo, ya no estamos en el campo. Allí podía permitirte ciertos comportamientos; podía, incluso, tolerar que pasaras demasiadas horas jugando, en lugar de aprender cosas de provecho.

Abrí la boca para explicarme, pero la dureza en su tono de voz y su mirada me hizo comprender que interrumpirle sería peor.

—No obstante —continuaba él, sin percibir en apariencia mi intento frustrado de intervención—, las cosas han cambiado. Debes aprender a ser un hombre; no puedes andar por ahí jugando por las calles, ni pasar las horas dejando volar tu imaginación... He visto tus dibujos y las historias que escribes;

son demasiado imaginativas, inapropiadas para un caballero, que es en lo que debes convertirte.

Hizo una pausa y se levantó de la butaca; dio unos pasos por la habitación, pensativo, y volvió a mirarme con el ceño fruncido.

—La decisión está tomada —dijo—. El mes que viene ingresarás en uno de los internados más prestigiosos de Inglaterra. Allí aprenderás todo lo que un caballero debe saber y, hasta que llegue ese momento, tu profesor no solo vendrá por las mañanas, como hasta ahora, sino también todas las tardes.

—Papá, por fa...

—¡Silencio, John! Aún no he terminado —Tomó aire y me miró con una expresión de dolor que no había visto nunca antes en sus ojos—. Como castigo a tus faltas de hoy, permanecerás sin salir a la calle, y te serán retirados tus cuadernos de dibujo y de escritura libre. Podrás salir al jardín de casa a tomar el aire, y también podrás leer y dedicarte a otras actividades intelectuales y académicas en tus ratos de ocio.

Hice ademán de decir algo; seguía queriendo que me comprendiese, que alguien, que mi propio padre, me entendiera. Pero él me cortó sin contemplaciones.

—He dicho que la decisión está tomada, John —dijo, levantando apenas la voz, y perdiendo parte de la calma que había conservado hasta el momento—. Es lo mejor para ti. Ahora, vete a la cama.

No cabía réplica alguna. Vi claramente en sus ojos que no podría convencerle de ninguna manera, que sería incluso peor intentar establecer cualquier tipo de diálogo, así que agaché la cabeza, me levanté de la silla, murmuré un lacónico “sí, padre”, y me dirigí a la puerta del despacho. Cuando la estaba cerrando, todavía alcancé a verle por una rendija, y no sabría decir si fue solo una impresión mía o si realmente, en aquel momento, su expresión era de profunda tristeza.

Una vez en mi habitación, me senté en el borde de la cama, y las palabras que había pronunciado mi padre hacía unos instantes cayeron sobre mí como una losa. ¡No podría volver a salir a la calle, ni dibujar, ni escribir!

Había estado tan preocupado por intentar explicarle las cosas, que no me había dado cuenta de ello hasta el momento.

Corrí al escritorio y lo abrí. ¡Mis cuadernos ya no estaban!

EL MISTERIO DE LOS NIÑOS DESAPARECIDOS

Weirdo

—¡No puede ser! ¡No! —murmuré entre dientes para contener la voz, a la vez que golpeaba la mesa de pura impotencia y rabia.

Era evidente que mi padre se había encargado de que alguien del servicio se llevara mis cuadernos, mientras yo estaba en su despacho.

“Tengo que hacer algo para recuperarlos”, me dije, y justo entonces sentí una presencia extraña a mi espalda. Me quedé inmóvil un instante.

Era la segunda vez en el mismo día que tenía la sensación de ser observado de cerca. La primera había sido en el parque, al descubrir a aquel muchacho espiándome, al que después perseguí.

Me di la vuelta y casi grité del susto al ver que, en efecto, había alguien de pie apenas a un metro y medio de donde yo me hallaba, mirándome en silencio con sus grandes y expresivos ojos (...)

¡Consigue tu libro en la [web de Weirdo y John](#), y continúa viviendo la aventura!